

EL PAÍS

ARCHIVO

EDICIÓN
IMPRESA

DOMINGO, 8 de julio de 1990

UNA INVESTIGACIÓN CON INCÓGNITAS

Muerte en la foz

Un inesperado encuentro entre guardias y terroristas desencadenó el pánico

VICTORINO RUIZ DE AZUA | Bilbao | 8 JUL 1990

Archivado en: Bajas fuerzas seguridad Guardia Civil Adolfo Villoslada Dotaciones y efectivos Germán Rubenach Roig Navarra Muerte terroristas Terroristas ETA Secuestros terroristas Comunidades autónomas Terroristas Acción policial Policía Administración autonómica Atentados terroristas ETA Fuerzas seguridad Grupos terroristas España

La Guardia Civil buscaba en la foz de Lumbier desvalijadores de automóviles y se topó con un peligroso grupo de terroristas dispuestos a disparar antes de preguntar. Ninguno de los dos grupos contaba con aquel encuentro. Eso puede explicar lo sucedido después, las reacciones sorprendentes de etarras y guardias y la confusión que ha rodeado desde el primer día las tres muertes del valle navarro del Romanzado.

Lumbier es una tranquila población agrícola con alguna fábrica, situada a 39 kilómetros de Pamplona por carretera. El término municipal comprende un paraje natural de gran interés paisajístico, la foz o garganta labrada en la piedra durante milenios por las aguas del río Irati. Para llegar al interior de la garganta sólo hay en los extremos de la pared este dos túneles de un antiguo ferrocarril, uno en dirección a Lumbier y otro hacia Liédena. Allí entraron con un todoterreno el lunes 25 de junio por la mañana el sargento José Luis Hervás y el cabo primero Domingo Ortega. Con el buen tiempo se hacen más frecuentes las paradas de turistas en su recorrido por la ruta del Pirineo. Los ladrones aguardan a que se alejen del automóvil para desvalijarlo. Con frecuencia, abandonan entre la maleza lo menos valioso.

Los dos guardias -del cuartelillo de Lumbier- recorrieron a mediodía la pista paralela al río y aparcaron su vehículo cerca del túnel de salida hacia Liédena. Es posible que no se tratara de un recorrido disuasorio más y que hubieran concertado una operación conjunta con el puesto de Yesa, distante siete kilómetros, para tratar de localizar aquel día a los ladrones. El instituto armado no ha dado mayores explicaciones al respecto.

Un pescador de Lumbier, Jesús Vicente, conocido como Zegin, comentó luego en el pueblo que entre las nueve y las diez de la mañana la Guardia Civil le invitó a dejar la caña. Iba a haber movimiento en la foz, le explicaron. No hay indicios, sin embargo, de que la entrada a la garganta fuera controlada o restringida durante la mañana.

Hervás, según el relato posterior de la Guardia Civil, observó una bolsa en la ribera del río. Interpreta que puede tratarse de los despojos de algún desvalijamiento y desciende desde el camino. Lo hace solo y confiado porque no había ningún motivo aparente de alarma.

Excursionistas especiales

Cuando se encuentra junto al río descubre la presencia de un hombre vestido con un traje de baño y una camiseta deportiva. Se trata de Juan María Lizarralde, según el testimonio posterior de su compañero Germán Rubenach. Ambos entablan conversación. Luego aparecen cerca otras dos personas, un hombre y una mujer, también vestidos como excursionistas, con bolsas deportivas.

Entretanto, otro vehículo todoterreno de la Guardia Civil, procedente de Yesa, penetra en la foz por el túnel de Liédena. En este vehículo, que aparca junto al primero, viajan el sargento José Domínguez, Piris y el guardia Benito Rivera. El encuentro precipita los acontecimientos. Domínguez le pide al cabo primero Ortega que avise a Hervás de su legada. El cabo lanza un silbido y grita a su superior que se encuentra allí "el jefe de línea". Domínguez estaba encargado aquel unes de coordinar las labores de patrulla en la zona.

Los guardias escuchan entonces tres disparos. Los terroristas creyeron haber caído en una

emboscada al conocer la llegada del Jefe de línea", al que tomaron por un oficial, según la interpretación de la Delegación del Gobierno en Navarra. Ortega y Rivera comienzan a descender la hondonada hasta el río y observan a tres personas que huyen corriendo. Ven también a Hervás tirado en la ribera.

Los fugitivos intercambian disparos con los guardias. Uno de ellos, Rubenach, recibe un balazo en una pierna pero sigue corriendo hacia el túnel de Lumbier y se pierde en la maleza. El sargento Domínguez es herido gravemente en la cadera derecha mientras trataba de comunicar por radio con el puesto, sin conseguirlo a causa de la altura de las paredes de piedra de la foz. Son, según los cálculos oficiales, aproximadamente las 12.15.

Los guardias reaccionan, presos del pánico, con una actitud "merecedora del fusilamiento de haberse producido en tiempo de guerra", según el comentario de un alto responsable de las fuerzas de seguridad. El cabo y el guardia ilesos se repliegan sin comprobar siquiera el estado del sargento Hervás, recogen a Domínguez y abandonan la garganta a toda velocidad y con estruendo de sirenas en dirección al hospital de Sangüesa, distante cinco kilómetros. Fuera de la foz, dan la alarma por radio.

La foz queda sin presencia policial durante media hora aproximadamente. Lo confirman dos turistas holandeses, periodistas de profesión, que vieron a los guardias cargar al herido y abandonar el lugar. Hubiera sido tiempo más que suficiente para que los activistas de ETA escaparan. Los mandos de la lucha antiterrorista creen que también ellos se dejaron dominar por el pánico y, convencidos de que estaban cercados, no se atrevieron a intentar la salida a pie por los túneles ni río arriba.

Los fugitivos suben unos metros desde la ribera hasta el camino y preguntan a los holandeses si disponen de un coche. Los dos turistas simulan desconocer el castellano y niegan con señas. La pierna herida de Rubenach va dejando un rastro de sangre. Los tres activistas vuelven a descender hasta el río y se pierden de vista. Los turistas afirman haber oído más tarde, sin precisar cuánto, algún disparo hacia el túnel de Lumbier, en cuya dirección marchaban los huidos. Me dios policiales lo interpretan como uno de los que acabaron con la vida de los tres terroristas. Unos 20 minutos después del tiroteo sobrevuela la foz en varias pasadas un helicóptero de la Guardia Civil. Sus ocupantes no ven nada sospechoso y salen a vigilar las carreteras próximas. La presencia de este aparato y el anterior ruido de sirenas puede haber reforzado, según la versión oficial, la creencia de los etarras de que no tenían escapatoria.

En torno a las 12.45 llegan a la foz en un automóvil sin distintivos dos guardias de paisano de Lumbier. Han oído la alarma por radio. Recorren el camino entre túnel y túnel y abandonan el lugar sin ver nada. El practicante de Lumbier, José Javier Valencia, avisado por un médico, se desplaza también a la foz antes de las 12.30 y la recorre en coche. Tampoco nada atrae su atención. Cerca ya de Liédena, un guardia le explica que ha habido un tiroteo y regresa.

Por el camino le adelanta otro automóvil con un médico y una enfermera de Sangüesa. Los tres descienden hasta el río y aguardan hasta las 15.30 la llegada de la juez para efectuar el levantamiento del cadáver de Hervás. Hasta las 12.55 no regresan el cabo Ortega y el guardia Rivera con un sacerdote, después de dejar al herido en Sangüesa. Los guardias no descienden a la ribera, quizá por miedo, según ha explicado el practicante Valencia.

La sensación de los presentes en la foz es que todo ha terminado. Observan a dos bañistas deslizarse plácidamente sobre el agua en colchones hinchables, ajenos al drama. Tiene que pasar una hora desde el tiroteo, según